

Apuntes sobre las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes.

Felipe Garrido Bernabeu

1. La duda metódica

Para Descartes el conocimiento se asemeja a un edificio en el que unas verdades se sostienen sobre otras. Por ello es necesario encontrar una verdad que sirva de base y fundamento a todo el edificio. Esta primera verdad debe ser lo suficientemente sólida como para asegurar la estabilidad del resto. En este caso la 'solidez' significa *evidencia*. Se trata, pues, de encontrar una verdad tan evidente que no pueda ser falsa.

En nuestra vida diaria aceptamos muchas opiniones que no son en absoluto evidentes, sin embargo en la vida diaria no estamos haciendo ciencia. Sin embargo, cuando subimos a un avión, por ejemplo, esperamos que el ingeniero no lo haya construido basándose en teorías científicas dudosas. Aceptar creencias dudosas en la vida diaria es algo inevitable, pero aceptarlas cuando estamos haciendo ciencia es una chapuza. El científico debe poner todos los medios a su alcance para evitar que se le 'cuelen' creencias falsas. Pero ¿cómo garantizar que las creencias que admitimos son verdaderas? El método que nos propone Descartes consiste, ante todo, en someter todas esas creencias a una duda implacable y sólo aceptar aquellas creencias que no puedan ser puestas en duda sin contradicción. Esta duda que nos propone Descartes es una **duda metódica** porque no se duda por dudar o por fastidiar, sino que se duda para encontrar alguna afirmación indudable y, por lo tanto, verdadera. El punto de partida del científico será, para Descartes, la duda metódica.

Hay que advertir que del hecho de que algo sea dudoso no se sigue que sea falso. Podría ser que aceptáramos una opinión dudosa y que resultara verdadera, la cuestión es que al aceptar tal opinión dudosa nos hemos arriesgado. En ciencia, sin embargo, no debemos, según Descartes, aceptar riesgo alguno, por ello las opiniones dudosas, aun pudiendo ser verdaderas, serán rechazadas sistemáticamente. Para Descartes, si no somos capaces de encontrar una afirmación indudable, tendríamos que admitir que no sabemos nada.

Hay que deshacerse, pues, de todas nuestras opiniones dudosas. Sin embargo parece una tarea ciertamente difícil, si no imposible, hacer un listado de todas nuestras creencias para ir rechazándolas una por una. Por ello Descartes elabora una serie de argumentos para mostrar el carácter dudoso de todas nuestras creencias de forma general. En las *Meditaciones Metafísicas* Descartes propone tres argumentos:

1) **La falibilidad de los sentidos.** Según este argumento, debemos rechazar *como si* fueran falsas todas las creencias que procedan de nuestros sentidos. La razón es que no parece prudente confiar en quien nos ha engañado alguna vez, y nuestros sentidos nos engañan de vez en cuando. Dado que no queremos correr ningún riesgo a la hora de decidir cuál es la verdad sobre la que edificamos la ciencia, lo mejor parece ser rechazar los sentidos como fuente de conocimiento. El rechazo de Descartes a fundamentar el conocimiento en los sentidos nos permite afirmar que Descartes *no* es un empirista. Los filósofos empiristas sostienen que la única fuente de conocimiento son los sentidos. De hecho es una idea bastante generalizada la de pensar que la ciencia se *basa* en los sentidos. Pero nada más lejos de la realidad. Para Descartes los

sentidos no pueden en absoluto ser la base o el fundamento de la ciencia, eso sería edificar sobre arenas movedizas. ¿Cuál será entonces ese fundamento?

- 2) **La dificultad para distinguir la vigilia del sueño.** Aunque los sentidos nos engañen a veces en cosas concretas, podríamos afirmar, sin embargo, que no nos engañan en cosas más generales como que estamos donde creemos estar ahora, por ejemplo. Pero Descartes advierte que no hay en mi experiencia actual nada que pudiera estar soñando. Todo lo que me pasa estando despierto, me puede pasar estando dormido. Por lo que tengo que concluir que no sé si estoy despierto o dormido y por lo tanto tampoco sé si estoy ahora aquí o estoy durmiendo en cama. De nuevo hay que advertir que Descartes no afirma que estemos durmiendo ahora, sino que *si estuviéramos* durmiendo, no podríamos saberlo, y por lo tanto debemos rechazar *como si* fueran falsas todas aquellas creencias cuya verdad dependa de que sepamos que estamos durmiendo o no.
- 3) **La hipótesis del genio maligno.** Sin embargo, aun estando durmiendo podríamos resolver una ecuación matemática, por ejemplo, y esta ecuación podría ser correcta independientemente de que estemos en un sueño o no. De modo que aunque durmamos todavía podemos afirmar que sabemos que dos y dos son cuatro o que la suma de los ángulos de un triángulo es 180° . Pero Descartes encuentra una endemoniada manera de poner en cuestión incluso esas afirmaciones tan aparentemente claras. Descartes imagina que podría existir un ser muy poderoso y malvado, un *genio maligno*, que se dedicara a engañarnos sistemáticamente en todo, de forma que, aun estando completa y absolutamente seguros de algo, pudiera ser que esa certeza fuera provocada en nosotros por dicho genio de forma falaz. Quizás al afirmar que dos y dos son cuatro y pensar que es una verdad completamente cierta, estamos siendo engañados por ese malvado genio. La hipótesis es descabellada, y nadie sensato creería en la existencia de ese genio pero... ¿podemos afirmar que no existe? Aun siendo muy, pero que muy improbable que exista, es, sin embargo, posible, y como no queremos correr riesgo alguno, tenemos que tener en cuenta esa posibilidad y dudar ahora de todas nuestras creencias, incluidas las matemáticas. Hay que advertir, de nuevo, que Descartes no está afirmando que ese genio maligno existe y que nos engaña, sino que no tenemos forma alguna de descartar su existencia.

2. La primera verdad: Yo soy, yo existo

Tras considerar los tres argumentos precedentes, hay pocas creencias que se resistan a la duda. Sin embargo Descartes se da cuenta de que si está dudando es porque piensa y si piensa, necesariamente existe. Llega entonces a la famosa afirmación 'Cogito, ergo sum' (Pienso, luego existo, o como dice en el texto de las *Meditaciones*, 'Yo soy, yo existo'). Esta afirmación tiene que ser necesariamente verdadera pues es imposible ponerla en duda. Aunque existiera efectivamente un genio maligno empeñado en engañarnos sistemáticamente en todo, no podría hacernos creer que existimos si no existimos realmente. De modo que hemos llegado a una verdad evidente que puede funcionar como fundamento del conocimiento.

Del examen de esta primera verdad (Cogito, ergo sum) podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. La afirmación 'Cogito, ergo sum' no convence más que al que la pronuncia. Por mucho que Descartes me diga que él existe, *para mí* sigue siendo dudoso que eso sea verdad, pues podría estar soñando que Descartes me dice que existe o el Genio Maligno me podría estar engañando. Lo único que sé es que *yo existo*, pero no estoy seguro de nada más. Si no puedo demostrar que existe otra cosa distinta

de mí mismo, entonces estoy condenado al *solipsismo*, que es como se llama a la creencia según la cual sólo existiría yo, y el resto de cosas y personas no serían sino productos de mi mente.

2. La conciencia de que existo no la obtengo de los sentidos, sino que en cierto modo es una capacidad que reside en mi propia mente, para la cual no necesito de la ayuda de nada externo a mí.
3. El punto de apoyo de todo el conocimiento científico está en el sujeto, en la conciencia individual, no en la Biblia, en la Fe ni en la autoridad de nadie. Dándole al sujeto individual este lugar privilegiado en el edificio del conocimiento, Descartes está oponiéndose al teocentrismo medieval, insertándose plenamente en el humanismo. Como vemos, en su origen, el humanismo no sólo no es contrario a la ciencia (como podría parecer hoy, dados los actuales planes de estudio), sino que el humanismo, o lo que es lo mismo, el reconocimiento del papel fundamental del sujeto humano individual, es la condición para la ciencia.

3. La *res cogitans* y la distinción entre alma y cuerpo

La evidencia del 'cogito' nos impide dudar de su verdad, sin embargo, si lo único que puedo saber con certeza absoluta es que existo, entonces sé muy poco. Necesito, por ejemplo, saber qué soy, pues por mucho que yo sepa que existo no por ello conozco mi esencia o naturaleza. ¿Soy un alma? ¿Soy un cuerpo? ¿Soy un compuesto de alma y cuerpo? Para dar respuesta a estas preguntas necesito encontrar lo que Descartes llama mi **atributo esencial**.

Todas las cosas tienen propiedades, características y atributos. Por ejemplo, de un pino podemos decir que uno de sus atributos es tener hoja perenne. De los atributos o propiedades de una cosa, habrá una que sea esencial, es decir, que no podamos eliminarla sin eliminar la cosa. La forma de saber si algo es mi atributo esencial o no, es tratar de imaginarme sin ese atributo. Si puedo imaginarme sin ese atributo, entonces no es esencial. Si no puedo, entonces es esencial. Hay que tener en cuenta que aquí lo único relevante es si hay alguna contradicción en imaginarme sin un atributo concreto, no si de hecho podría vivir o existir sin él. Veamos algunos ejemplos.

¿Tener manos es mi atributo esencial? No lo parece, pues puedo imaginarme a mí mismo sin manos. ¿Me es esencial tener piernas? Tampoco. ¿Es tener corazón mi atributo esencial? Aquí alguien podría decir que sí porque como no podemos vivir sin corazón, entonces nos sería esencial. *Pero Descartes diría que no*, y tiene toda la razón. No se trata, como hemos dicho, de si de hecho necesitamos ese atributo, sino de si hay alguna contradicción en el supuesto de que no lo tengamos. ¿Puedo imaginar que un día me abro el pecho con una sierra y descubro que en vez de corazón tengo un globo de agua? Esto sería un descubrimiento tan improbable como sorprendente, pero de hecho *puedo* imaginarlo. No puedo imaginar un triángulo con cuatro lados porque eso es contradictorio, pero puedo imaginar que yo no tengo corazón. También puedo imaginarme sin costillas y sin hígado. De hecho puedo imaginar que estoy flotando en el espacio sin cuerpo. ¿Qué significa esto? Pues que el cuerpo no es mi atributo esencial, o lo que es lo mismo, *yo no soy mi cuerpo*. ¿Qué soy entonces? Si no soy mi cuerpo entonces sólo me queda algo: el pensamiento. ¿Puedo imaginarme a mí mismo privado de pensamiento? No parece que esto sea posible. Allí donde estoy yo, necesariamente hay pensamiento, y si dejo de pensar, dejo de existir. Por lo tanto, no soy cuerpo, sino una cosa que piensa, soy pensamiento o, como dirá Descartes en latín, soy una *res cogitans*.

A partir de este descubrimiento, podemos extraer las siguientes **conclusiones**:

1. Dado que puedo imaginarme sin cuerpo pero no puedo imaginarme sin pensamiento, debemos concluir que *el cuerpo y el pensamiento son cosas distintas*. Esto es una tesis importante porque muchos filósofos sostienen exactamente lo contrario: que el cuerpo y el alma son lo mismo. Si fueran lo mismo, diría Descartes, no podría imaginarme pensando sin cuerpo.
2. *Es mucho más fácil conocer el espíritu, el alma o el pensamiento, que el cuerpo*. Aunque en la vida diaria parece mucho más evidente la existencia de nuestro cuerpo que la de nuestra alma, si aplicamos la duda metódica de Descartes y nos limitamos a aceptar únicamente lo que sea imposible poner en duda, tenemos que admitir que es más fácil saber con certeza que existe el pensamiento que el cuerpo. En efecto, el genio maligno podría hacerme creer que tengo un cuerpo sin tenerlo, pero no podría hacerme creer falsamente que pienso, porque para hacerme creer algo tengo que pensar. Así, mientras que mi propia existencia como pensamiento es indudable, la existencia de mi cuerpo es, de momento, dudosa.

4. Tres tipos de ideas

Aunque Descartes ya sabe con certeza que existe y que es una cosa que piensa, todavía no se ha deshecho de la posibilidad de estar equivocado en todo lo demás. El genio maligno sigue amenazando todas nuestras creencias y, de momento, seguimos atrapados en el solipsismo, sin poder 'salir' de nuestra propia mente. Para resolver este problema, Descartes afirma que es necesario demostrar la existencia de Dios y averiguar si este puede o no ser engañador.

Dado que lo único que sabemos con certeza es que existimos y que tenemos ideas, el punto de partida de nuestras demostraciones debe residir en nuestras propias ideas. Por eso Descartes decide examinar las ideas que contiene su mente y clasificarlas. De ese modo Descartes afirma poseer tres tipos de ideas:

1. **Ideas facticias:** son todas aquellas ideas que son productos de la capacidad de la mente para combinar ideas. Ejemplos de estas ideas son la idea de centauro o la idea de un pulpo con cabeza de mono.
2. **Ideas adventicias:** son todas aquellas ideas que *parece* que proceden de 'fuera' de nosotros a través de los sentidos. No tengo la sensación de que mi idea de 'mesa' es un producto de mi imaginación, más bien creo que corresponde a una serie de mesas reales con las que he tenido contacto.
3. **Ideas innatas:** son las ideas que ni son producto de mi imaginación ni parecen proceder del 'exterior' a través de los sentidos. Se trata de ideas que forman parte de mi mente desde mi nacimiento. Un ejemplo de idea innata sería la idea que tengo de mí mismo. La idea de yo no es una invención mía ni procede de los sentidos, sino que, como hemos dicho, es mi rasgo esencial el tener conciencia de mi propia existencia.

Podría parecernos que la presencia de ideas adventicias en nuestra mente demuestra que el mundo exterior existe, pues lo percibimos. Sin embargo Descartes se da cuenta de que el hecho de percibir el mundo exterior no prueba su existencia. Si yo estoy viendo una mesa, eso no demuestra que la mesa existe. Lo único que puedo concluir del hecho de ver una mesa es que *yo existo* y que *yo estoy viendo la mesa*, pero ignoro si la mesa existe o no, puesto que mi visión de la mesa es compatible con la inexistencia de dicho mueble. Lo único que tengo es la *sensación* de que ahí fuera hay una mesa, pero una sensación no demuestra nada y como nos hemos comprometido a no aceptar nada que se pueda poner en duda, debemos concluir que ignoramos la existencia del mundo externo.

Ahora bien, ¿hay en mi mente alguna idea que necesariamente proceda de 'fuera' de mí? Desde luego esa idea no es la idea de mesa, pues no hay ninguna razón para pensar que la idea de mesa procede de fuera. De hecho ninguna idea de ninguna cosa material demuestra que existe algo distinto de mí. Todas esas ideas pueden ser productos de mi mente, aunque sea de modo inconsciente. ¿Qué queda?

5. Dos demostraciones de la existencia de Dios

Descartes afirma estar en posesión de la idea de una substancia "*infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, omnipotente, que me ha creado a mí mismo y a todas las demás cosas que existen (si es que existe alguna).*" Por supuesto, este ser, dotado de todas las perfecciones es Dios. De momento no sabemos si un ser tal existe, pero lo cierto es que tenemos la idea del mismo, dado que entendemos lo que dice Descartes. Ahora bien, ¿de dónde procede esa idea de un ser perfecto e infinito? Desde luego esa idea no procede de los sentidos, ¿podría haberla inventado yo? Para Descartes *la causa de algo debe contener tanta realidad como el efecto*, de modo que yo, que soy imperfecto, no puedo ser la causa de mi idea de perfección. O lo que es lo mismo, no he podido obtener la idea de un ser perfecto a partir de lo que encuentro en mí, que sólo es imperfección. Esa idea tampoco puede proceder de la nada, pues la nada no puede ser causa de nada. De modo que queda concluir que esa idea de un ser perfecto sólo puede proceder de un ser perfecto, luego existe dicho ser perfecto, que es Dios. Como dice el mismo Descartes: "*no podría tener la idea de una substancia infinita, siendo yo finito, si no lo hubiera puesto en mí una substancia que fuese verdaderamente infinita*".

Como vemos, Descartes ha demostrado la existencia de Dios a partir de la idea de Dios. Pero no es la única demostración que nos ofrece. En otro lugar Descartes demuestra la existencia de Dios, no a partir de su idea, sino a partir de su propia existencia individual. El argumento partiría de mi propia existencia para concluir que, si yo existo, entonces necesariamente existe Dios. En efecto, dado que yo soy un ser imperfecto, cabe preguntarse de quién he recibido mi existencia. No la he recibido de mí mismo, pues si pudiera darme a mí mismo la existencia, que es lo más difícil de dar, me habría dado otras perfecciones de las que carezco. Si mi existencia procede de otro ser que no sea perfecto, cabe preguntarse de dónde recibe ese ser la existencia, de modo que iremos remontándonos hasta que, necesariamente, tengamos que detenernos en un ser perfecto, que no ha recibido la existencia de nadie, sino que es total y absolutamente independiente, y ese ser es Dios. De modo que si Dios no existiera tampoco existiría yo. Pero yo existo, luego también existe Dios.

6. El origen del error

Una vez hemos demostrado que Dios existe y que es perfecto, no es posible sostener que nos engaña, pues el engaño sería "una especie de imperfección". Por lo tanto todo lo que en nuestro entendimiento proceda de Dios será verdadero y se caracterizará por su especial evidencia, claridad y distinción. El problema ahora es, precisamente, que no podemos negar que de vez en cuando nos equivocamos. ¿Como es posible que nos equivoquemos si Dios es perfecto y no es engañador? El origen del error no puede ser Dios, puesto que es perfecto, de modo que debemos concluir que es nuestra propia imperfección la que nos hace errar.

Para explicar exactamente por qué nos equivocamos, Descartes distingue entre dos facultades de nuestra mente. Por un lado tendríamos **la voluntad**, que es la facultad con la cual deseamos o queremos. Esta facultad, según Descartes, es infinita. Nuestra voluntad no tiene límites; podemos desearlo todo. Por otra parte tenemos el **entendimiento**, que es la facultad con la cual entendemos. En efecto, no es lo mismo *querer* que dos y dos sean cuatro, que *entender* que dos y dos sean cuatro. A veces podemos querer que sean verdaderas algunas afirmaciones que no entendemos del todo, o incluso que entendemos que son falsas, como cuando queremos volar o ser invisibles. La voluntad no tiene límites, pero nuestro entendimiento sí. El error se produce cuando, dejándonos llevar por nuestra voluntad, afirmamos algo que no entendemos. Por eso Descartes comienza afirmando que no debemos aceptar nada que no sea completamente evidente, pues de lo contrario nos dejaremos llevar por nuestros deseos, más que por la verdad. Y cuando algo no sea evidente, no debemos afirmar que es verdadero, aunque *queramos* que lo sea. Esa es la regla principal del método científico según Descartes: investigar la verdad, independientemente de nuestros deseos.

7. La esencia y la existencia del mundo externo

Hasta ahora Descartes sabe con certeza que él existe, que es una cosa que piensa, que Dios existe, que no es engañador y que para evitar el error debe limitarse a afirmar sólo aquello que conciba con evidencia, claridad y distinción, pues la perfección y la bondad de Dios nos garantizan que lo que concibamos de ese modo será verdadero. Sin embargo todavía nos queda por demostrar que existe el mundo material 'exterior'.

Pero antes de intentar demostrar la existencia del mundo material, debemos preguntarnos por el atributo esencial de dicho mundo material. La cuestión entonces es qué atributo no podemos negar a ninguna realidad material. No es el color, porque no todas las cosas materiales tienen color y además podemos imaginar objetos materiales completamente transparentes. Tampoco es el sabor, dado que podemos imaginar objetos insípidos. Tampoco puede ser el sonido ni el tacto ni el olor, pues podemos imaginar perfectamente un mundo insonoro, inodoro e imperceptible al tacto (de hecho la luz pertenece al mundo material y no podemos 'tocarla'). En realidad ninguna de nuestras *sensaciones* puede ser el atributo esencial del mundo material, pues dependen *de nosotros*. Del mundo material podemos eliminar sin contradicción el color, el sabor, el sonido, las sensaciones táctiles y los olores, pero lo que no podemos eliminar es el espacio. En efecto, todo lo material ocupa algún espacio, tiene alguna extensión, por pequeña que sea. Por eso Descartes afirma que el atributo esencial del mundo exterior es la extensión, y llama a la materia 'res extensa' (es decir, cosa o substancia cuya esencia es la extensión o el espacio).

Tenemos entonces una idea clara y distinta de la 'res extensa', y por lo tanto Dios nos garantiza que esa idea se corresponde con la realidad, es decir, que existe fuera de nosotros. Ahora bien, tal vez las cosas externas no sean como las vemos. Del mundo exterior sólo puedo afirmar aquellas cosas que conciba con claridad y distinción, por lo tanto tengo que prescindir de todas las *sensaciones* subjetivas o 'cualidades secundarias'. Las ideas que tenemos de conceptos como 'verde' o 'pesado' son confusas, por lo que no podemos afirmar que un objeto es verde o pesado, sino sólo que lo vemos verde o que nos resulta pesado. Sin embargo sí podemos afirmar de los objetos exteriores todo aquello que dependa únicamente de su naturaleza espacial, como la forma que tienen, su magnitud o tamaño o la posición y el movimiento relativos a otros objetos. Como vemos todas estas 'cualidades primarias' son perfectamente cuantificables y expresables matemáticamente. Para Descartes la física será una ciencia que estudie las propiedades cuantificables o matemáticas del mundo recurriendo sólo a la forma, el tamaño, el

movimiento y las relaciones matemáticas. La única garantía de que la ciencia es un conocimiento correcto del mundo es que se limita a estudiar aquellos aspectos de la realidad que podemos concebir con evidencia y esa evidencia, a su vez, está garantizada por la existencia de un Dios perfecto y bondadoso. De este modo Descartes ha puesto los cimientos de lo que hoy conocemos como la ciencia moderna, caracterizada por la aplicación de un método científico dirigido a evitar el error y el dogmatismo, y la aplicación de un complejo aparato matemático a la comprensión de la realidad.

8. Algunos problemas de la filosofía de Descartes

Como todos los sistemas filosóficos, el de Descartes también ha sido objeto de críticas y podemos señalar algunos de sus 'puntos débiles':

1. **La existencia de ideas innatas.** Muchos filósofos, especialmente los empiristas *Locke* y *Hume*, han negado la existencia de ideas innatas, afirmando que todas nuestras ideas proceden, o de los sentidos o de la combinación de ideas que proceden, a su vez, de los sentidos. Si no hay ideas innatas, el sistema de Descartes fracasa, pues no podría demostrar la existencia de Dios y por lo tanto careceríamos de la garantía de verdad.
2. **El método.** Muchos filósofos, como *K. R. Popper*, han cuestionado que el método científico consista en limitarse a aceptar sólo lo que es evidente. Para Popper, la ciencia no funciona avanzando de evidencia en evidencia, sino que los científicos hacen hipótesis arriesgadas sobre la realidad y luego, mediante experimentos, tratan de ponerlas a prueba. Los experimentos, sin embargo, sólo pueden demostrar que las hipótesis son falsas, pero nunca se puede demostrar que sean verdaderas. Si digo que todos los cuerpos se atraen con determinada fuerza, aunque los experimentos parezcan confirmar mi hipótesis, sin embargo, siempre es posible que algún día se encuentre una excepción, de modo que mientras que no compruebe si *todos* los cuerpos se atraen, no podré afirmar mi hipótesis. Sin embargo basta encontrar un cuerpo que no sea atraído por otros para refutar la hipótesis. Otros autores, como *P. Feyerabend*, han negado incluso la misma idea de método científico y han sostenido que en la ciencia real que hacen los científicos a diario no hay nada como un método científico y que, de hecho, cuando se ha intentado usar un 'método científico', éste ha obstaculizado el progreso de la ciencia, más que favorecerlo, pues muchos descubrimientos se hacen por azar o bajo la influencia de creencias religiosas injustificables racionalmente.
3. **La separación entre el cuerpo y el alma.** Para Descartes el cuerpo y el alma son cosas completamente distintas e independientes entre sí. Sin embargo también afirma que de algún modo están íntimamente unidas, pues lo que le ocurre a nuestro cuerpo lo siente el alma y los cambios que ocurren en el alma también afectan al cuerpo. Descartes, sin embargo, no consigue dar una explicación sobre cómo el cuerpo y el alma pueden interactuar. Si el alma es inmaterial y el cuerpo material, ¿Cómo puede el alma afectar al cuerpo y el cuerpo al alma? ¿Por qué mi alma no puede interactuar con otros cuerpos, sino sólo con uno en concreto? ¿Por qué no experimento lo que padecen otros cuerpos sino sólo lo que padece uno al que llamo 'mío'? Todas estas dificultades carecen de una respuesta *evidente, clara y distinta* en el sistema de Descartes.